

VIOLENCIA SEXUAL, GUERRA GLOBALIZADA Y EL COLAPSO DE LOS ESPACIOS SEGUROS

*Janie Leatherman*¹

Resumen

La violencia sexual tiene una larga historia dentro de los conflictos armados y aún sigue siendo uno de los crímenes más brutales que se cometen dentro de tales confrontaciones. Esta violencia arruina la vida de sus víctimas y destruye su vínculo familiar, además de dejar atrás comunidades traumatizadas y destrozadas. En términos históricos, la violencia sexual ha sido un tema tabú, alrededor del cual diferentes actores han guardado silencio por diferentes motivos. No obstante, tal situación está cambiando gradualmente, principalmente gracias a los testimonios de sobrevivientes y al trabajo de los medios de comunicación y de los movimientos sociales a nivel local y global, los cuales han fomentado el establecimiento de tribunales internacionales y nacionales, además de promover cambios en legislaciones relevantes. Durante la última década, la lucha contra la violencia sexual se ha convertido en una causa que recibe creciente atención. Con el fin de entender la ruptura del tabú mencionado anteriormente, el presente artículo desarrolla tres líneas de investigación que buscan: 1) analizar las causas principales de la violencia sexual en conflictos armados; 2) entender cómo se desencadena este fenómeno en zonas de confrontación violenta; e 3) identificar qué se puede hacer para ayudar a las víctimas y para adelantar iniciativas de prevención en esta materia.²

Palabras clave: *Violencia sexual, estrategias de guerra, espacios seguros, conflictos armados, género*

¹ Es doctora por la Universidad de Denver, Josef Korbel School of International Studies (1991). Actualmente, es directora de los Estudios Internacionales en Fairfield University y, a su vez, se desempeña como docente de política. Ha llevado a cabo entrenamientos y consultorías sobre resolución de conflictos en diversas instituciones, incluyendo la Embajada de los Estados Unidos. Ha trabajado como docente en Illinois State University (1997-2006), Joan B. Kroc Institute for International Peace Studies, University of Notre Dame (1992-1997) y Macalester University (1989-1991). Fue directora de Brethren Colleges Abroad y dictó en la Universidad de Barcelona de 1991 a 1992.

² Agradezco a mi colega el Dr. Joy Gordon por sus comentarios en mi actual trabajo sobre espacios seguros y guerra globalizada, a partir del cual he trabajado este artículo. También he utilizado el trabajo de mi libro *Sexual Violence and Armed Conflict* (Leatherman; 2011).

La violencia sexual ha sido históricamente una característica prominente de la guerra, así como de los conflictos armados contemporáneos. “Alert 2010!” muestra evidencia de que la violencia sexual ha sido utilizada como una herramienta de guerra en casi todos los 31 conflictos armados en curso desde el año 2009 (Escola de Cultura de Pau; 2010). En algunos de estos conflictos, como en el de la zona Este de la República Democrática del Congo, la violencia sexual es un rasgo omnipresente del mismo. Uno de los efectos más perjudiciales de la violencia sexual como estrategia de guerra es la sistemática erosión del espacio seguro, dejando prácticamente ningún lugar donde esconderse. Entonces, el espacio que según el Derecho Internacional Humanitario no debería ser un objetivo de la acción militar; como las escuelas, iglesias, mezquitas, hogares y clínicas, ya no puede proveer refugio. Entre otras cosas, estos refugios forzados, las personas desplazadas internamente (PDI) y los que buscan asilo para abandonar sus hogares y buscar seguridad en otro lugar; pueden ser, incluso, más vulnerables al robo, extorsión, violación, secuestro y tráfico humano y sexual en el curso de esta búsqueda. En 2010, había un estimado de 72 millones de personas escapando de la violencia —una cifra sin precedentes— (UNHCR Global Trends; 2010).³ Sin embargo, al mismo tiempo, parece que el rango y suficiencia de los espacios seguros se están, de hecho, deteriorando. Este ensayo discutirá la idea de espacio seguro, cómo el uso de la violencia sexual en la guerra contribuye a su erosión, y qué se puede hacer al respecto.

Sin importar de dónde o cómo las personas escapan del conflicto armado, en todas las historias, emerge la misma problemática: las

personas luchan por sujetarse a su espacio seguro todo el tiempo que les sea posible, y a través de cualquier medio que esté en sus manos. A medida que las personas tratan de escapar de la violencia, las opciones de espacios seguros se reducen a su alrededor. Usualmente, la búsqueda de la seguridad comienza tratando de mantener a los miembros de la familia juntos y lejos del peligro; esto se sostiene por medio de viajes de noche y de día, además de quedarse en refugios provisionales. Para las PDI en Darfur, los refugios pueden ser los árboles que utilizan como camuflaje durante un bombardeo; para mujeres en Afganistán, una burka puede ser su refugio ante la posibilidad de un ataque sexual.

Los espacios seguros tienen diferentes formas y diversas justificaciones. Por ejemplo, se estableció un santuario en Grecia a principios del siglo VI a.C (Michael; 2007), lo que también es documentado en el Antiguo Testamento de la Biblia (Mayes; 1998). Recientemente en Sierra Leona, el último espacio seguro para los ciudadanos durante su brutal guerra civil fue el arbusto, un lugar sagrado donde sociedades secretas se reunían para llevar a cabo rituales. Históricamente, los espacios seguros han consistido en una locación física. Por ejemplo, la práctica de asilo, alojamiento y reasentamiento de los refugiados siguen la lógica de poner distancia y límites entre uno mismo, y el peligro latente (Rabben; 2011). Sin embargo, los espacios seguros ya no están limitados a espacios físicos, también pueden ser virtuales. El ciberespacio y los medios sociales han creado un cierto tipo de espacios seguros alternativos, como lo fue el caso de los activistas árabes que utilizaron este nuevo tipo de espacio seguro para organizar la Primavera Árabe (Stepanova; 2011).

³ Junto a la pérdida de los espacios seguros por el conflicto en sí, el cambio climático añadirá más estrés a los ya debilitados sistemas ecológicos y sociales, especialmente en Estados débiles y en colapso. Expertos estiman que para 2030, 132 países se encontrarán en una situación de alta vulnerabilidad o incluso peor con respecto al cambio climático, que producirá lentos, continuos y repentinos desastres, minando aún más la capacidad del estado, agravando los conflictos, desplazando a los sobrevivientes, y dejando a muchas personas sin Estado (Climate Vulnerability Monitor; 2010).

Similarmente para los mexicanos, escapando de la violencia proveniente de la guerra de las drogas, una página de Facebook les provee un refugio desde el cual pueden movilizar apoyo para sus casos de asilo en los Estados Unidos (Aguilar; 2012). Los espacios seguros también pueden variar en términos de las comunidades a las que apoyan. Regularmente, las mujeres alrededor del mundo recurren a la Asociación Cristiana de Jóvenes (YWCA) para obtener refugio en caso de abuso, violencia y tráfico; mientras que, el Comité Internacional de Rescate (CIR) y Catholic Relief Services (CRS) proveen dicha programación en los refugios.⁴ La comunidad de gays, lesbianas, bisexuales y personas transgénero (GLBT) ven a las escuelas y universidades como sus espacios seguros, y en línea también, como lo es el caso de Ahwaa.org en Medio Oriente. Los recursos y redes a través de los cuales los espacios seguros toman forma, también varían: pueden surgir por medio de iniciativas locales, movimientos y organizaciones transnacionales, o al combinar esfuerzos locales y globales (Polletta; 2009, Gamson; 1996).

La práctica del espacio seguro también puede ser ubicada en justificaciones legales y religiosas, aunque estas nociones a menudo son implícitas. Por ejemplo, en la tradición de la guerra justa, las provisiones para los espacios seguros y protección de los individuos se pueden inferir del principio de proporcionalidad (limitaciones del uso de la fuerza), e inmunidad para los no combatientes (Calhoun; 2001). Del mismo modo, en los Convenios de Ginebra, la idea de espacio seguro puede ser vista en las prohibiciones de atacar a los civiles junto con objetos civiles (viviendas, ciudades, etc.), incluyendo edificios dedicados a la religión, educación, arte, ciencia

o con fines caritativos, monumentos históricos, así como hospitales y lugares donde se atienden a personas enfermas y heridas. Similarmente, las prohibiciones de los Convenios de Ginebra en torno al saqueo proveen otra fuente de protección para los hogares de los civiles en tiempos de guerra. La idea de espacio seguro, también se trabaja en los mismos Convenios con el tratamiento que le dan al principio, ampliamente reconocido, de neutralidad de las terceras partes (como las Naciones Unidas), sus recursos y componentes, y protección a través del uso de emblemas distintivos (Cruz Roja). La idea de espacio seguro se hace más explícita cuando los Convenios de Ginebra analizan las posibilidades de establecer una zona neutral para los combatientes y no combatientes heridos y enfermos, para los civiles que no forman parte de las hostilidades y para aquellos que no asumen ninguna actividad militar mientras residen en la zona.⁵

El Derecho Internacional Humanitario sigue una estrategia diferente para conceptualizar la idea de espacio seguro, diferencian la protección de la persona (peticionarios) de la protección brindada sobre la base de una locación (protección espacial). En la práctica, esta distinción es muchas veces redundante, dado que los individuos protegidos como los doctores, maestros o figuras religiosas típicamente trabajan en espacios protegidos como los hospitales, clínicas, escuelas o sitios sagrados. Sin embargo, este no es necesariamente el caso, dado que, históricamente, los peticionarios de refugio no son solo inocentes, sino también pueden ser criminales.

A pesar del rango de formas y prácticas asociadas a la idea de espacio seguro, la historia de su desarrollo ha sido desigual. Lo

⁴ Para una perspectiva general de los espacios seguros de los CIR ver: <http://www.rescue.org/program/gbv-programs>; para los compromisos programados de los CRS, ver HAGGERTY, Christine. "Presentation Aims to End Sexual Based Violence". 2012. Disponible en: <http://www.villanovan.com/news/presentation-aims-to-end-sexual-based-violence-1.2860427#.T6M5bjYu18>.

⁵ El Convenio de Ginebra de 1948 y sus Protocolos Adicionales. Disponibles en: <http://www.icrc.org/eng/war-and-law/treaties-customary-law/geneva-conventions/index.jsp>.

que parece particularmente alarmante es, sin embargo, la forma en el que el conflicto armado contemporáneo está minando estos espacios. Históricamente, articulando lo que es el núcleo del campo de batalla como distinto al espacio que lo rodea, ha sido un componente crucial en las reglas de guerra. Por el contrario, a nivel fundamental, los campos de batalla de los conflictos actuales han desaparecido como algo distintivo, como espacio restringido donde la guerra es conducida (Mégrét; 2012). La erosión de estos parámetros es evidente cuando los beligerantes bombardean hospitales y escuelas o asesinan civiles que buscan refugio, como la matanza de miles de tutsis a manos de los genocidas ruandeses, justo después que las fuerzas de paz se retiraron de los complejos de las Naciones Unidas, donde los tutsis pensaban que estaban a salvo (como sucedió en la escuela Don Bosco).⁶ También lo observamos cuando la vida de los civiles se entrelaza con la de los combatientes, por ejemplo en el caso de las familias que se ven forzadas a pagar por protección o entregar a sus hijos a grupos armados por sexo o para trabajar, pelear, robar, y cometer atrocidades.

Mientras estos tipos de violaciones en tiempos de guerra son conocidos, lo que es menos aparente es el segundo nivel, el de erosión de los espacios seguros, donde la violencia inunda sectores usualmente vistos como distintos al dominio militar: la economía, comunicación y transporte. La guerra se ve íntimamente comprometida con el comercio ilegal de armas, drogas y tráfico humano, junto a otras formas lucrativas de actividades ilegales (minerales, madera, electrodomésticos, carros y autopartes, etc.) que operan a través de redes locales-globales (Nordstrom; 2007, Battersby, Siracusa

y Ripiloski; 2011). De este modo, la guerra se ha expandido no solo a los espacios físicos que los Convenios de Ginebra buscan proteger del peligro, sino también a otros dominios como la infraestructura y comercio, dando marcha a violencia sistemática y desregulada. Esta violencia se concentra ampliamente en mujeres, y usualmente es sexual, como se evidencia en los feminicidios en Ciudad Juárez, una ciudad al Norte de México, del otro lado de la frontera estadounidense de El Paso donde se reportaron 465 muertes en 2010; el asesinato estimado de 4 000 mujeres en Guatemala desde 2000; o en la violencia sexual cometida por los sucesores del grupo AUC (Autodefensas Unidas de Colombia –la coalición paramilitar de 37 grupos armados–).⁷

La violencia sexual en los conflictos armados no ocurre en forma aislada de las relaciones de género, socioeconómicas y culturales preexistentes. Este es un punto crucial. La extensión de la violencia basada en el género (VBG) en la sociedad, predispone la violencia sexual en la guerra, y es la razón principal por la que las mujeres y niñas en países con altos niveles de discriminación por motivos de género e inequidad están en alto riesgo de ser o volver a ser víctimas de la violencia sexual desde el comienzo hasta después del conflicto (Leatherman; 2011). VBG involucra muchas formas de violaciones de los derechos humanos, como la violación, violencia doméstica, y prácticas tradicionales dañinas como la mutilación genital y asesinatos honoríficos. Hombres, mujeres y niños pueden ser los objetivos de la VBG, esto afecta a todas las instituciones de la sociedad, incluyendo a la familia y, a las relaciones y estructuras de la comunidad.

⁶ Ver la transcripción completa de la entrevista con el Coronel Luc Marchal, segundo al mando de la Misión de Asistencia en Ruanda de las NU (UNAMIR) a cargo del General Delleire, publicada en Public Broadcasting Service (PBS), página web de la película, *The Triumph of Evil*. Disponible en: <http://www.pbs.org/wgbh/pages/frontline/shows/evil/interviews/marchal.html>.

⁷ Ver HUMAN RIGHTS WATCH *Paramilitaries Heirs: New Face of Violence in Columbia*. 2010. Disponible en; <http://www.hrw.org/en/reports/2010/02/03/paramilitaries-heirs>.

Un factor fundamental detrás de la producción social de la inequidad de género es el patriarcado –orden social jerárquico basado en las formas masculinas de dominio o hegemonía– (Cohn y Enloe; 2003: 1192). Una inversión de tiempo, organización social y recursos (de los hombres y de manera particular de las mujeres también) son requeridos para sostener las prácticas patriarcales como la dote de la novia, lo que valora al hombre por encima de la mujer; códigos culturales respecto al adulterio (fallan en diferenciarlo de una violación); prácticas para asegurar la pureza de una niña por medio de vigilancia o cortes (como la mutilación genital femenina); matrimonio forzado o matrimonio con niños; la marginalización y odio a los gays, lesbianas y transexuales, cuya identidad y/o orientación sexual se encuentra fuera de los mecanismos dominantes de inclusión social.

Las guerras contemporáneas amplían la injusticia de género en un contexto de militarización globalizada y Estados débiles. Donde subsisten altos niveles de injusticia de género, también los hay de pobreza, hambre, fragilidad del Estado y guerra. La región donde dichos factores se fusionan intensamente adquiere el nombre de ‘arco de inestabilidad’ que va desde la Costa Oeste de África; incluyendo a Nigeria, importante productor de petróleo, atravesando el continente africano, pasando por la región del Golfo Persa y entrando a Asia Central, llegando a Afganistán, Pakistán y Nepal. Este arco de inestabilidad tiene una fuerte concentración de 20 Estados débiles o fallidos del mundo, que representan a una población de 880 millones de personas. África subsahariana tiene una alta concentración de Estados en crisis o en guerra, o en un período de posconflicto (Comisión Nacional de Seguridad en el siglo XXI; 2008, OECD; 2011).

La hegemonía masculina se ancla patriarcalmente en todo el mundo. Esta se refiere a un orden centrado en el hombre; en el que se le privilegia, en vez de a las mujeres, en el acceso al poder y privilegios; un sistema que funciona

con un amplio apoyo y consentimiento social. La hegemonía masculina organiza las relaciones de poder entre hombres y mujeres, y la agenda política que sostiene esta jerarquía (Beasley y Elías; 2006: 5). Dicha hegemonía se define más por su reclamo de autoridad que por el uso directo de violencia. Entonces, los hombres hegemónicos no necesitan hacer uso de la violencia para reafirmar su autoridad. Sin embargo, al relacionar la hegemonía masculina con el poder masculino, las jerarquías se crean alrededor de masculinidades que dependen de la complicidad, control o desapoderamiento de otros hombres. Las masculinidades aliadas se empoderan (junto con las mujeres que también juegan este rol) mientras que las masculinidades subordinadas y marginalizadas se aíslan o son explotadas junto con los diversos tipos de feminidad. El acceso al círculo interno de la hegemonía masculina está abierto no solo para hombres sino también para mujeres; siempre y cuando no amenacen la relación entre hegemonía y poder masculino. Si lo hacen, son expulsadas del círculo.

La hegemonía masculina está enraizada en el desarrollo de la ideología burguesa occidental en el siglo XIX, la cual formó una jerarquía masculina global y racial (Connel; 1995: 68). Fue “creada como parte de la institución compleja de identidades raciales y de género que sostenían el imperialismo europeo, identidades que hasta el día de hoy tienen un legado” (Hooper; 2000: 55). Estos modelos coloniales de hegemonía masculina, y también los modelos locales tradicionales de masculinidad pueden competir entre ellos o reforzar el ideal del tipo masculino. Las mujeres también tienen un rol en la expansión del imperialismo de las sociedades occidentales, por ejemplo, como las esposas de los militares o administradores coloniales. Entonces, las relaciones internacionales dependen de la manera en que el género se relaciona con el control hegemónico (Enloe; 1990; 2000).

La hegemonía masculina es reforzada en parte por la oposición que genera a lo largo de las líneas

raciales y clasistas (por ejemplo, en términos de fortaleza o físico). La clase de hombres trabajadores y personas de raza negra, latinos, americanos nativos, asiáticos y otros hombres de color en los Estados Unidos tienen una posición marginada en comparación con los hombres hegemónicos. Están alienados por la brecha entre las expectativas de la hegemonía masculina y los obstáculos que enfrentan en sus propias vidas para alcanzarlas, a través de la acumulación de riqueza o acceso al poder. Consecuentemente, la masculinidad marginalizada “crea un sentimiento de emasculación e impotencia en las arenas de clase y raza, aunque la dominación se mantiene en el área de género” (Austin; 2008: 5). La masculinidad marginalizada se ve especialmente amenazada en crisis naturales o generadas por el hombre. Por ejemplo, los desastres o guerras destruyen las instituciones políticas, sociales y económicas, de las cuales dependen las personas para conseguir empleo, estatus y prestigio en la sociedad, dejando a las mujeres y hombres con pérdidas vastas en las áreas profesional, económica y personal. La hipermasculinidad provee a los hombres con un modelo alternativo para recuperar su pérdida de *status* y aspiración al poder de los hombres hegemónicos (Austin; 2008: 4).

La hipermasculinidad exagera las masculinidades no catastróficas, se centra en las excesivas formas de fortaleza y despliega violencia para mantener o reafirmar su dominio y control en las áreas limitadas disponibles bajo circunstancias extremas. Las mujeres y niñas se han convertido en objetivos de la violencia sexual, porque la violencia sobre ellas es construida socialmente como un principio por el cual los hombres pueden restablecer su pérdida de hegemonía. Mientras la sociedad se acerca a los extremos de una guerra, se despliegan las imágenes de hipermasculinidad para movilizar a los

hombres marginalizados a la hipermasculinidad, conllevando a la polarización del género. Los hombres que se resisten se vuelven objetivos de emasculación (por ejemplo, al obligarlos a ser testigos de las violaciones a sus esposas o hijas, o al ser violados). Los enemigos masculinos también son objetivos de la dominación y supeditación, casi siempre por medio de la tortura y humillación sexual.

El patriarcado no es natural, este requiere de disciplina para reproducirlo y sostenerlo día a día. El patriarcado es facilitado por su incorporación en el ‘colonialismo’ u otra forma de organización social, como los clivajes étnicos, las relaciones entre clases y razas, desarrollo económico, militarización y masculinidad militarizada (Acker; 2004). Actualmente, la masculinidad militarizada es parte de la máquina de guerra organizada por medio de la globalización (Hoffmas; 2011). Las multinacionales negocian contratos lucrativos y derechos concesionarios en Estados frágiles y débiles para eludir la transparencia y rendición de cuentas. La desintegración social y el caos facilitan la explotación económica. Y la violencia sexual es una de las herramientas más eficientes para que la máquina global de guerra genere caos, erosione el espacio seguro y abra la puerta para una práctica sin límites de explotación y control.

La eficiencia de la violencia sexual también reside en el hecho de que se trata de un arma poco costosa que se presta rápidamente para la transgresión de múltiples tabúes, incluyendo, mas no limitando, aquellos que involucran la violación sexual. Esto aumenta el poder de la violencia sexual.⁸ Además de la violación sexual, la violencia sexual también incluye la explotación y abuso por medio de la esclavitud sexual, embarazos forzados, matrimonios forzados, mutilación, violación de mujeres embarazadas o ancianas, forzar a niños a violar

⁸ Para una discusión interesante, ver Whisnant (2008).

a otros, o a miembros familiares a cometer incesto; y violación y tortura sexual de hombres. En conflictos armados, la violación sexual es usualmente parte de una campaña de terror, lo que conlleva a violaciones sexuales colectivas y de pandillas. Las violaciones sexuales de pandillas son especialmente terroríficas, pues involucran a múltiples perpetradores sexuales asaltando a una sola víctima que resulta en la transmisión del VIH y otras enfermedades de transmisión sexual, así como en devastadoras consecuencias físicas (fistulas) que son extremadamente difíciles, si no imposibles, de reparar si no existe asistencia médica disponible; y consecuencias psicológicas que no son solo devastadoras para las víctimas, sino que también destruyen sus lazos familiares y comunitarios.

La violencia sexual como una estrategia espacial

La violencia sexual en conflictos armados involucra a perpetradores asaltando a víctimas en un lugar particular, con un amplio rango de consecuencias sociales y en la salud de las víctimas. A veces, la violencia sexual es tan perversa que se constituye como una herramienta de guerra o incluso en una estrategia para pelear, como la limpieza étnica en Bosnia o el genocidio en Ruanda. La prevalencia de la violencia sexual en la guerra puede variar a lo largo de las fases del conflicto, desde el comienzo de las tensiones, intensificación del conflicto hasta el período siguiente a la guerra. Dado que la violencia sexual puede llevarse a cabo de maneras que, simultáneamente, transgreden múltiples tabúes y umbrales que han sido impuestos como conductas aceptables por la sociedad; es una norma particular viciosa o ‘desenfrenada’. Hay múltiples maneras en las que la violencia sexual cruza los umbrales y tabúes violados, por ejemplo: por la identidad del perpetrador (un niño forzado a cometer atrocidades en contra de sus miembros familiares), por la naturaleza maliciosa de sus actos, por el estatus protector de sus objetivos para el asalto sexual (bebés,

ancianos, discapacitados, mujeres embarazadas, entre otros) y por el lugar en el que ocurre.

La locación o lugar en donde la violación sexual es perpetrada es casi siempre significativa por sí misma. La violencia sexual en conflictos armados se lleva a cabo en un amplio rango de lugares, hogares, jardines, patios, o lugares de trabajo, escuelas, hospitales, clínicas y lugares religiosos o sagrados (por ejemplo, iglesias y mezquitas), que usualmente funcionan como un ‘escenario’ para el asalto, especialmente si hay múltiples perpetradores. El amplio rango de locaciones como lugares de violencia, del hogar a la esfera pública, disminuye ampliamente el rango y disponibilidad de espacios seguros. En este sentido, la violencia sexual es una *estrategia espacial*, ampliamente eficiente en forzar a familias a dejar sus hogares y comunidades.

El impacto espacial de la violencia sexual en la pérdida de espacios seguros tiene repercusiones tanto en la economía reproductiva (hogar) como en la economía productiva (la esfera pública). Cuatro mecanismos en la intensificación del conflicto centrado en género son particularmente importantes en el proceso de erosión:

1. Polarización del género;
2. Surgimiento de la catastrófica e hipermasculinidad;
3. Amenazas de género; y
4. La politización de los refugios como objetivos de guerra (iglesias, clínicas o escuelas, etc.).

Estos mecanismos del conflicto tienden a trabajar conjuntamente, y sus efectos se intensifican por la circulación y proliferación de las pequeñas y ligeras armas en el inicio, durante y después del conflicto armado. Primero, la intensificación de los conflictos basados en género establece límites más estrechos dentro y fuera de los grupos, reduciendo el espacio seguro de todos, y especialmente de las mujeres a punto de comprometerse dentro sus propias comunidades y fuera de ellas. Bajo estas amenazas,

las mujeres se encuentran bajo una presión constante de quedarse en casa. La intensificación del conflicto también produce polarización del género y una estricta articulación de los roles de género. Este tipo de esencialismo determina quién va a pelear (hombres y niños) y quién se queda en casa (mujeres y miembros familiares importantes para la misma). Sin embargo, en algunos conflictos se persiguen otras estrategias: una niña o mujer joven puede ser forzada a tomar las armas o unirse a los rebeldes, o puede ser forzada o elegida a convertirse en ‘novia’ o ‘esposa’ de un rebelde, soldado o comandante, ‘comprando protección’ para ella y su familia.

Segundo, conforme la crisis se intensifica, los hombres empiezan a perder las bases del apoyo social por modelos de la masculinidad no catastrófica, como la tenencia de propiedades, trabajos regulares, responsabilidades y cargos en la comunidad. En su lugar, emergen presiones sociales para elevar la hipermasculinidad, un ideal exagerado del rol masculino que se basa en la dominación, rudeza, agresión y violencia. En muchas zonas de conflicto alrededor del mundo, incluyendo el Oeste de África, la hipermasculinidad se ha asociado con la imagen hollywoodense de Rambo como un guerrero ideal. La hipermasculinidad se aleja de las perspectivas esenciales de la feminidad: celebra a la mujer como ‘madre de la nación’, y su rol de ‘producir’ soldados que luchen tanto para ella como para la nación. El surgimiento de la hipermasculinidad incrementa el riesgo de violencia doméstica (disminuyendo la seguridad en el hogar). Al mismo tiempo, coloca a las mujeres ante más riesgos si cortejan con hombres de otra comunidad, y peor aún si traicionan a su comunidad teniendo un hijo que es hijo del enemigo. Las mujeres lesbianas y bisexuales también se encuentran en riesgo, ya que no cumplen con las expectativas de género y son

acusadas de servir intereses del enemigo. Del mismo modo, los hombres homosexuales, están en riesgo de ser etiquetados como antipatriotas o no revolucionarios, o como personas que actúan como importaciones foráneas contaminando y debilitando la cultura. Niños de antecedentes mixtos con frecuencia se ven forzados a elegir bandos, entre el de ellos y la herencia de sus padres, mientras que sus padres están en riesgo de ser apartados y sus matrimonios terminar en divorcio. Las consecuencias de polarización de género amenazan el rol de las mujeres en la economía reproductiva, erosionando espacios seguros en su hogar particularmente.

Tercero, la guerra acecha a sus víctimas a través de amenazas de género que anticipan la pérdida del espacio seguro fuera del hogar también. Los riesgos que enfrentan hombres y mujeres en público usualmente difieren. Las mujeres pueden enfrentar gran cantidad de amenazas en espacios públicos como mercados o transporte público, donde ellas no estarán seguras de intimidaciones físicas o peores ataques. Al mismo tiempo, los hombres, identificados como miembros del enemigo, pueden estar en riesgo de ser demonizados y lo que es un preludio de violencia: detenciones, torturas, violencia sexual, asesinatos selectivos, especialmente de hombres en edad de luchar, típicamente entre 15 y 55 años, y de hombres miembros de la élite del grupo atacado.⁹

Durante las últimas dos décadas, la mayor cantidad de reportes sobre violencia sexual en guerra se han enfocado en la victimización de las mujeres, especialmente jóvenes adolescentes, matriarcas, huérfanas y menores no acompañadas, y jóvenes niños y niñas. Sin embargo, la violencia sexual contra los hombres puede llegar a ser más extensa de lo pensado anteriormente (Storr; 2011, Kinyanda et al; 2010, Sivakumaran; 2010). Los hombres también son

⁹ Ver Adam Jones.

víctimas de violencia sexual indirecta a través de estrategias que los feminizan y castran, como forzarlos a presenciar violaciones a miembros de sus familias. La violencia sexual es también frecuentemente un componente de tortura, tanto en mujeres como en hombres. La guerra de Irak provee contundente evidencia al respecto, incluyendo hombres (Ann Jones; 2010).

La carga de trabajo de las mujeres también ha incrementado con el inicio del conflicto, debido a que los recursos naturales, recursos básicos, incluyendo animales de criadero, cultivos y alimentos, se vuelven escasos, son destruidos y los precios aumentan significativamente. Las granjas se vuelven puntos de ataque. Realizar labores diarias, como recolectar agua, cultivar o llevar alimentos para vender y comprar en mercados locales es mortalmente riesgoso. En estas situaciones, las mujeres son menos propensas a contar con su familia o amigos para asistencia, quienes están experimentando las mismas dificultades. La ayuda externa es aún más limitada cuando existen divisiones étnicas entre familiares y amistades.¹⁰

Conforme la seguridad en los espacios públicos se erosiona, se intensifica el costo del conflicto en cuestión de género. Por ejemplo, la destrucción de infraestructura de salud y colegios genera mayores responsabilidades para mujeres tratando de cubrir sus necesidades básicas. Los nichos de trabajos para mujeres tienden a decrecer conforme el conflicto se intensifica, ya que hombres desempleados compiten por puestos previamente ocupados por mujeres. Esto deja a las mujeres pobres y analfabetas, ya relegadas a la fuerza laboral marginal durante tiempos de paz, en situaciones especialmente vulnerables.

Debido a necesidades urgentes y falta de alternativas, las mujeres se ven forzadas a proveer a sus familias a través de actividades económicas inseguras, como involucrándose en sexo peligroso. En este sentido, el cuerpo de una mujer es lo último que esta tiene para vender. Esto sitúa a la madre e hijos en riesgo de traficar, considerando que las redes que mueven bienes ilícitos durante la guerra también pueden traficar humanos. Las mujeres que tratan de proveer refugio para mujeres en riesgo, o que se involucran en otro tipo de actividades relacionadas a derechos humanos, están particularmente en riesgo de convertirse en objetivos de la violencia.¹¹ Su vulnerabilidad es típicamente exacerbada por el fracaso de las autoridades públicas, como la policía y magistrados, para protegerlas y a su trabajo —ya sea por razones de normas de género o expectativas porque los oficiales son cómplices de la red de violencia—.

Otra estrategia para cubrir necesidades básicas es trabajar en el mercado negro. A veces esto ocurre por la fuerza, más que por decisión propia, considerada lo limitada que puede ser la noción de decisión propia bajo estas circunstancias. En muchas zonas de guerra, los civiles son la fuerza laboral esclava de las facciones armadas, forzados a buscar diamantes, oro, coltan o estaño; o pueden contrabandear (armas, minerales en conflicto, especies exóticas o drogas); trabajar como mulas y portadores, o transportar bienes ilícitos por otros medios (cabras, carros, camiones, aviones o botes). Para los que viven en pobreza extrema, las actividades ilegales generan un ingreso básico para su supervivencia, mientras genera grandes riquezas para los bien conectados miembros de la sociedad, junto con

¹⁰ Ver la película, *We Are All Neighbors*, un video de 52 minutos sobre una ciudad musulmana/católica cerca a Sarajevo. Producida y dirigida por Debbie Christie y el antropólogo Tone Bringa para Granada Television International. Publicada por Films Incorporated Video, Chicago, Illinois, 1993.

¹¹ Por ejemplo, ver la historia de la mujer de El Congo, Rebecca Masika Katuva, quién gano el Ginetta Sagan Award de Amnistía Internacional en 2010, por las casas para escuchar que había creado, empezando con su propia casa, para acoger a víctimas de ataque sexual, y repetidos asaltos y amenazas que ella recibió como consecuencia (Amnistía Internacional; 2010).

la élite política y militar, cercanamente ligada con las redes internacionales que mueven recursos ilícitos al mercado internacional. Estos proyectos criminales también generan coimas para la policía, aduanas y otros oficiales estatales, creando una continua corrupción. Por momentos, los miembros de la comunidad humanitaria y cuerpos de paz se ven envueltos en actividades ilegales (intencionalmente o no) (Andreas; 2008);¹² y también, se ven envueltos en casos de explotación sexual de mujeres locales marginadas, así como refugiados y víctimas de trata de personas (Higate; 2007, Fluri; 2012, Kronsell y Svedberg; 2012).

Huir para escapar la escalada del conflicto eleva los riesgos de muerte y de ser secuestrado por bandas callejeras, tropas del gobierno, o fuerzas rebeldes quienes bloquean vías y ponen tranqueras en zonas urbanas y campestres para controlarlas y controlar el acceso, y cobrar cuotas (o confiscar bienes) para permitir el libre pase. Generalmente, la oportunidad de huir de la violencia depende del acceso y la disponibilidad del transporte, y los recursos económicos para pagarlo y coimear en los puntos de control. Los vuelos representan grandes riesgos de separar a miembros de familia, así como de su comunidad, lo que conlleva a la pérdida de su entorno seguro y red de contactos. Así, la reunificación también se convierte en una cuestión de urgencia y necesaria de protección. Para los somalíes en el campo de refugiado Dabaad, quienes llegaron luego de más de 200 kilómetros de viaje, esta es una situación tormentosa. Ubicado en Kenya a lo largo de la frontera con Somalia, el UNHCR estimó que en julio de 2011, el “80% del campamento está habitado por mujeres y niños, el otro 20% son predominantemente hombres

mayores y niños pequeños”. La ausencia de hombres adultos jefes de familias se debe a diferentes razones: se quedaron para cuidar el ganado –sus riquezas, las cuales buscan mantener a todo costo–. No tenían recursos suficientes para ir con sus familias, o enviaron a sus familias antes con algún familiar, y esto inició el proceso de separación; o se unieron a alguno de los bandos en conflicto, fueron raptados por una facción, o murieron de hambruna o enfermedad.

Muchas mujeres nunca más verán a sus esposos, y en el campo de refugiados Dadaab, una de las consecuencias de la ausencia de hombres jefes de familia es el incremento en la vulnerabilidad de las mujeres con respecto a la violencia de género. Unicef reportó que la violencia sexual y de género en el campo de Sadaab era 5 veces más alta entre enero y junio de 2011 comparado con el mismo periodo el año anterior (Anonymous; 2011). Las mujeres y niñas enfrentan riesgos diarios en campos de PDI y refugiados cuando van en busca de agua o combustible, usan servicios públicos, o viajan al mercado local. Los riesgos de violación abundan dentro del campo con otros miembros del mismo, y a veces de miembros de los cuerpos de paz y trabajadores humanitarios.

Los rezagos de la guerra solo incrementan los riesgos para las mujeres y las niñas. Existen riesgos de tráfico o abandono por parte de los parientes si una niña o mujer fue violada. El no poseer una propiedad también deja a las mujeres vulnerables. Los hombres vuelven a sus hogares con armas, les cuesta adaptarse, el estrés postraumático también conlleva a altos niveles de violencia doméstica, y el riesgo de desenlaces mortales. En algunas comunidades

¹² En complicidad con la actividad ilegal, ver “The Voice of America” (2011), artículo sobre un chofer de camiones de las NU que fue sentenciado a tres años de prisión por tratar de pasar a escondidas a una persona del Este del Congo a Ruanda usando un jeep de las N; para las misiones de mantenimiento de paz y explotación sexual, ver Peacemomen’s Resolution Watch - Sexual Exploitation and Abuse (SEA) Index en http://www.peacemomen.org/security_council_monitor/resolution-watch/theme/sexual-exploitation

como la República Democrática del Congo, si los hombres son violados, sus conyugues, familiares y comunidad pueden marginarlos también. La estandarización de la violencia en niveles extremos usualmente abunda en sociedades posconflicto. Las violaciones pueden volverse rutinarias. Existe evidencia de esto en el Este de Congo, donde actualmente prevalecen altos índices de violaciones civiles (Harvard Humanitarian Initiative and Oxfam International; 2010); o en Sierra Leona, luego de la guerra civil, donde la edad de las niñas violadas disminuyó abruptamente y los niños eran traficados al igual que las mujeres y los hombres.

Por todos estos motivos, la guerra se ha expandido no solo a los espacios físicos que los Convenios de Ginebra querían mantener fuera de peligro, sino también a otros dominios como infraestructura y comercio; mientras debilita la neutralidad de terceros actores a través de complicidades y ataduras con actividades ilícitas. La guerra, como un fenómeno diferenciado, separado de los civiles y la sociedad civil, se interconecta con violencia sistemática y no regulada, atravesando fronteras geográficas y parámetros sectoriales.

Reclamando espacios seguros en la postguerra

La postguerra posee la aterradora tarea de volver a unificar a la sociedad. Una de las preguntas cruciales que se debe de afrontar es cómo retomar el control de espacios seguros e instituciones gubernamentales, mientras se transforman las ataduras locales y globales a la economía de guerra. Uno de los retos para la construcción de la paz es sopesar el énfasis que se la da a la justicia, rendición de cuentas y castigo frente a la necesidad de reconciliación y rehabilitación, especialmente en jóvenes adultos quienes han perdido su infancia y oportunidad de recibir educación debido a la guerra. Para algunas sociedades postconflicto, la solución pasa por desarrollar un conjunto variado de mecanismos formales y alternativos de resolución y reconciliación, como lo hizo Ruanda luego del

genocidio. Uganda también adoptó un sistema de este tipo, para permitir la reconciliación entre antiguos perpetradores con las comunidades siguiendo prácticas tradicionales.

Las iniciativas locales al término del conflicto deben ser apoyadas por esfuerzos para romper el vínculo con las redes globales de robo y ganancias que priman en la mayoría de conflictos armados actuales. Dichas iniciativas deben centrarse en aspectos morales y de políticas (Josephson; 2009). Los movimientos sociales transnacionales trabajando solidariamente son necesarios para la defensa de la moral y las políticas para hacer frente a las corporaciones no responsables y la complicidad en la producción de daños sociales que resultan de cadenas de recursos inmersas en mercados violentos. Los consumidores son parte de la comunidad internacional que deben imponerse en solidaridad con aquellos que no pueden levantar sus voces y retar a quienes obtienen ganancias a través de la violencia, como lo hace el proyecto Enough en la campaña “Generemos esperanza para Congo”.

Si bien hay importantes avances, aún falta mucho trabajo en el sector económico para terminar con las prácticas corporativas que permiten o incentivan conflictos armados y violencia sexual en zonas de guerra. Sin bien el Frank Dodd Act de 2012 no es perfecto, sí representa un inicio para que las empresas muestren diligencia en sus cadenas de producción y abastecimiento de algunos recursos que surgen de zonas de conflicto, como en la zona Este de la República Democrática del Congo (Tripathi; 2011). Los Lineamientos de 2011 de las Naciones Unidas en Derechos Humanos y Negocios: Proteger, Respetar y Remediar también ponen en el centro de atención a las negociaciones internacionales, y requerirá nuevas estrategias en el nivel corporativo también (UN Framework; 2011). Sin embargo, la fragilidad de estos Estados es todavía un dilema central para su protección en tanto dependen del Estado para asegurar que sus civiles no estén siendo explotados.

Una alternativa para confrontar la violencia sistematizada está vinculada a los valores éticos dotados de importancia. Como bien menciona la reconocida filósofa especializada en la *ética del cuidado* Virginia Held, el mercado debe tener sus propios límites. La ética del cuidado, con énfasis en los valores interrelacionados de ‘sensibilidad, empatía, reacción (*responsiveness*), y asumiendo responsabilidades’, provee los medios para determinar donde debería trazarse dicho límite (Held; 2006: 119). Defensores de la ética del cuidado han argumentado que estos valores son pertinentes no solo a la esfera privada, reproductora de la vida social, si no también aplicable a aspectos políticos, sociales y económicos en la esfera pública. Esta ética requiere que nos interese por el prójimo como miembros de la misma comunidad y también de la comunidad global. En contraste con el individualismo, que refuerza la racionalidad y masculinidad en un acercamiento hegemónico a las relaciones internacionales, la ética del cuidado hace énfasis en las personas como ‘relacionados e interdependientes’. Este enfoque entiende los intereses del yo y el otro como entrelazados, y la confianza como crucial. La ética del cuidado, en el contexto local y global, balancea el entendimiento de las economías reproductivas y productivas y la responsabilidad mutua de todos los miembros de ambas sociedades.

Las éticas de cuidado avanzan paralelamente al enfoque de Relaciones Internacionales que ha resultado en culturas de imperialismo y negado, parcialmente por sistemáticamente despreciar la interdependencia, las relaciones y el involucramiento positivo en la vida de otros distantes a uno mismo (Held; 2006: 165). Apoyar los Derechos Humanos y acabar la violencia en contra de las mujeres, y violencia sexual como una herramienta de guerra contra todos los miembros de la sociedad son parte de la campaña para terminar con una cultura de negación bajo construcciones hegemónicas de masculinidad agresiva. Este sistema neoliberal de explotación económica depende de un conjunto de masculinidades tóxicas para la erosión global del espacio seguro.

La cobertura global de los medios y las organizaciones de Derechos Humanos y otras organizaciones no gubernamentales (ONG) y organizaciones internacionales reportando violencia sexual en conflictos armados también aumentan la conciencia –usualmente con apoyo y campañas de recaudación que utilizan imágenes donde explotan la victimización de mujeres y niñas– (Carpenter; 2005). Esa atención puede constituir parcialmente una atenuación de tabús en contra de hablar públicamente sobre la violencia sexual. Normativamente hablando, estas señales progresan en el desarrollo de leyes feministas y gobernanza global. Sin embargo, también puede ocasionar un contragolpe hacia las mujeres. Al mismo tiempo, enfocando a los medios y el público en la prevalencia de la violencia sexual en los conflictos de postguerra Fría puede servir también como estrategia de distracción. Mientras resulta esencial victimizar a las mujeres y niñas (y no se reta el silencio sobre la violencia sexual contra hombres y niños), no nos enfocamos en los efectos de la explotación económica bajo la globalización neoliberal y cómo la violencia sexual en conflictos armados sirve a intereses económicos.

Mirando adelante, existe una variedad de acciones en distintos sectores para apoyar a comunidades en zonas de conflicto y sociedades postconflicto. Más importante aún, es imperativo proveer asistencia médica, incluyendo asistencia médica de emergencia para víctimas de violencia sexual, ya sean hombres o mujeres, junto con acceso a servicios básicos.

Las campañas globales para frenar la violencia contra las mujeres deben ser reformuladas para plantearse en contra de la violencia sexual contra hombres y cubrir sus necesidades. La violencia sexual contra los hombres es también una cuestión de género, y también una cuestión de mujeres –la violencia contra los hombres busca la feminización de la mujer y la castración del hombre–. Junto con asistencia médica para

cirugías reconstructivas, habrá necesidad de brindar apoyo psicológico por largo tiempo. Las campañas para erradicar la violencia contra las mujeres deben ampliar su agenda y concientizar también sobre la violencia sexual en contra de los hombres.

El sector humanitario ha avanzado en contrarrestar la violencia en torno al género, incluyendo la creación de códigos de conducta entre trabajadores de grupos humanitarios y cuerpos de paz de NU, aunque los reportes de explotación sexual persisten en las misiones de las NU. Hoy en día, la comunidad humanitaria está también prestando atención a la operalización de principios de protección. Sin embargo, continúa habiendo necesidades no cubiertas de crear espacios en refugios y campamentos para DPI más seguros, especialmente para mujeres y niñas, a fin de minimizar el riesgo de violencia sexual basada en el género dentro de los campamentos de refugiados y su perímetro.

Finalmente, en el sector de justicia, el empujón internacional para terminar con la impunidad solo funcionará si se toman acciones en el lugar para complementar los principios universales. Hay una falta de leyes a nivel nacional para acabar con la discriminación sexual en muchos países, mientras que en otros, como Sierra Leona, hay huecos entre las leyes y la implementación de las mismas. Estos huecos debilitan la justicia en múltiples niveles, ya sea a través de la falta de jueces, o corrupción en el sistema legal; falta de policías y protección efectiva de las víctimas, o huecos constantes entre las políticas legales y las prácticas culturales que impulsa a las víctimas a buscar otras alternativas o quedarse calladas. Estos vacíos también limitan los espacios seguros para las mujeres y niñas, tanto en sus hogares como en los espacios públicos.

Conclusiones

La violencia sexual en la guerra es una estrategia socioeconómica, política y espacial para atemorizar, controlar y desplazar, incluso eliminar, grupos específicos. Tiene el poder de eliminar espacios seguros en la sociedad, haciendo que las comunidades sean vulnerables a una variedad de instancias a través de la victimización de hombres y mujeres a lo largo del conflicto. Estos traumas se intensifican por una compleja victimización, especialmente en los soldados infantiles y el fuerte entrelazamiento de los civiles en la violencia sistemática que empuja la economía de las guerras contemporáneas.

La recuperación de los espacios seguros debe ser parte importante del gran objetivo del posconflicto, construcción de la paz y del Estado, así como su desarrollo. Estas iniciativas deberían brindar cuidado ético para limitar los excesos de la globalización neoliberal, especialmente sus vínculos con la generación de ganancias a través de la guerra y el caos. Confrontar la violencia sexual durante y después del conflicto armado es también crucial para restablecer la seguridad pública y el bienestar de las mujeres y niñas en particular, incluyendo sus hogares. Junto con esfuerzos internacionales, los instrumentos y recursos nacionales son necesarios para brindar justicia a los perpetradores; proteger a los sobrevivientes, y detener el ciclo de impunidad. Existen, además, necesidades urgentes de aumentar la entrega en servicios de salud y servicios relacionados al trauma para los sobrevivientes, y para desarrollar programas vocacionales y educativos que sean culturalmente sensibles y apropiados para apoyar la rehabilitación y reintegración de familias y comunidades.

Bibliografía

ACKER, Joan

- 2004 "Gender, Capitalism and Globalization," *Critical Sociology* 30, no.1, pp. 17-38. Aguilar, Julián. 2012. "Forced North by Drugs, but United in Exile." *The New York Times*, available at <http://www.nytimes.com/2012/04/13/us/forced-nort-mexican-drug-warsbut-united-in-exile.html?pagewanted=all>.

AMNESTY INTERNATIONAL

- 2010 "Amnesty International Presents Its 2010 Ginetta Sagan Award to Congolese Woman Fighting the War-Fueled Epidemic of Sexual Assault." Press Release, April 13, available at <http://www.amnestyusa.org/sites/default/files/images/sagan/10rebeccamkatsuvapressrelease.pdf>

ANDREAS, Peter

- 2009 *Border Games: Policing the U.S.-Mexico Divide*, 2nd ed. Ithaca: Cornell University Press.

ANONYMOUS

- 2011 "Somalia: Where are the Men of Dadaab?" Al Jazeera English, July 22, accessed October 17, 2011 at http://www.peacewomen.org/news_article.php?id=3962&type=news.

AUSTIN, Duke W.

- 2008 "Hyper-Masculinity and Disaster: Gender Role Construction in the Wake of Hurricane Katrina." Paper presented at the annual meeting of the American Sociological Association Annual Meeting, Sheraton Boston and the Boston Marriott Copley Place, Boston, Massachusetts (31 July), available at http://www.allacademic.com/meta/p241530_index.html.

BATTERSBY, Paul, SIRACUSA, Joseph M. y RPILOSKI, Sasho

- 2011 *Crime Wars: The Global Intersection of Crime, Political Violence and International Law*. Santa Barbara: Praeger, 2011.

BEASLEY, Christine y Elias, Juanita

- 2006 "Situating Masculinities in Global Politics." Second Oceanic Conference on International Studies, University of Melbourne (5-7 July), available at <http://digital.library.adelaide.edu.au/dspace/handle/2440/36063>.

CALHOUN, Laurie

- 2001 "The Metaethical Paradox of Just War Theory." *Ethical Theory and Moral Practice* 4, pp. 41-58.

CARPENTER, Charli

- 2005 "Women, Children and Other Vulnerable Groups: Gender, Strategic Frames and the Protection of Civilians as a Transnational Issue." *International Studies Quarterly* 49, no. 2, pp. 295-334.

COHN, Carol y ENLOE, Cynthia

- 2003 "A Conversation with Cynthia Enloe: Feminists Look at Masculinity and the Men Who Wage War." *Signs* 28, no. 4 (Summer), pp. 1187-1207.

COMMISSION ON NATIONAL SECURITY IN THE 21ST CENTURY

- 2008 *Shared Destinies: Security in a Globalized World*. Institute for Public Policy Research, available at <http://www.ippr.org/publications/55/1666/shared-destinies-security-in-a-globalised-world>.

CONNELL, R.W.

- 1995 *Masculinities*. Berkeley: University of California Press.

DARA Foundation

- 2011 2010 Climate Vulnerability Monitor. Disponible en: <http://daraint.org/climate-vulnerability-monitor/climate-vulnerability-monitor-2010/download-the-report/>.

ENLOE, Cynthia

- 2000 *Maneuvers: The International Politics of Militarizing Women's Lives*. Berkeley: University of California Press.

- 1990 *Bananas, Beaches and Bases: Making Feminist Sense of International Politics*. 1st U.S. edition. Berkeley: University of California Press.

ESCOLA DE CULTURA DE PAU

- 2010 *Alert 2010, Report on Conflicts, Human Rights and Peacebuilding (Escola de Cultura de Pau)*. Disponible en: <http://escolapau.uab.cat/index.php?lang=en>.

FLURI, Jennifer

- 2012 "Sexual Misconduct and International Aid Workers: An Afghanistan Case Study." *Wagadu: Journal of Transnational Women's and Gender Studies* 10 (spring), pp. 72-101.

GAMSON, William A.

- 1996 "Safe Spaces and Social Movements." *Perspectives on Social Problems* 8, pp. 27-38.

HARVARD HUMANITARIAN INITIATIVE AND OXFAM INTERNATIONAL

- 2010 "Now, the World is Without Me": An Investigation of Sexual Violence in Eastern Democratic Republic of Congo, available at <http://www.oxfam.org/sites/www.oxfam.org/files/DRC-sexual-violence-2010-04.pdf>.

HELD, Virginia

- 2006 *The Ethics of Care: Personal, Political, Global*. Oxford: Oxford University Press.

HIGATE, Paul

- 2007 "Peacekeepers, Masculinities and Sexual Exploitation." *Men and Masculinities* 10, n.º 1, pp. 99-119.

- HOFFMAN, Danny**
2011 *War Machines*. Durham: Duke University Press.
- HOOPER, Charlotte**
2000 *Manly States*. New York: Columbia University Press.
- JONES, Adam**
2008 *Gender Inclusive: Essays on Violence, Men, and Feminist International Relations*. New York: Routledge.
- JONES, Ann**
2010 *War is Not Over When It's Over*. New York: Metropolitan.
- JOSEPHSON, Jyl**
2009 "Sexual Citizenship, Sexual Regulation, and Identity Politics," draft chapter in *The Politics of Sexual Citizenship* (unpublished manuscript), presented at the Feminist Theory Workshop, Western Political Science Association, Vancouver, BC, Canada, March 31.
- KINYANDA, Eugene, et al.**
2010 "War Related Sexual Violence and it's Medical and Psychological Consequences as seen in Kitgum, Northern Uganda: A cross-sectional Study." *BMC International Health and Human Rights* 10:28. Disponible en: <http://www.biomedcentral.com/1472-698X/10/28>
- KRONSELL, Annica y SVEDBERG, Erika, eds.**
2012 *Making Gender, Making War: Violence, Military and Peacekeeping Practices*. New York: Routledge.
- LEATHERMAN, Janie**
2011 *Sexual Violence and Armed Conflict*. Cambridge: Polity Press.
- MAYES, Preston L.**
1998 "Cities of Refuge." *Calvary Baptist Theological Journal* 14 no. 1 (Spring), pp. 1-25.
- MÉGRÉT, Frédéric**
2012 "War and the Vanishing Battlefield." *Loyola University Chicago International Law Review* 9, no. 1, available at SSRN: <http://ssrn.com/abstract=1986548>.
- MITCHELL, Christopher**
2007 "The Theory and Practice of Sanctuary," in *Zones of Peace*, ed. Landon E. Hancock and Christopher Mitchell. Bloomfield: Kumarian Press.
- NORDSTROM, Carolyn**
2007 *Global Outlaws: Crime, Money and Power in the Contemporary World*. Berkeley: University of California Press.
- OECD**
2011 *Supporting Statebuilding in Situations of Conflict and Fragility: Policy Guidance*. DAC Guidelines and Reference Series, OECD Publishing. Disponible en: <http://dx.doi.org/10.1787/9789264074989-en>.
- POLLETTA, Francesca**
1999 "Free Spaces' in Collective Action." *Theory and Society* 28, pp. 1-38.
- RABBEN, Linda**
2011 *Give Refuge to the Stranger: The Past, Present, and Future of Sanctuary*. Walnut Creek: Left Coast Press.
- SIVAKUMARAN, Sandesh**
2010 "Lost in Translation: UN Responses to Sexual Violence Against Men and Boys in Situations of Armed Conflict." *International Review of the Red Cross* March 92 issue 877, pp. 259-277.
- STEPANOVA, Ekaterina**
2011 "The Role of Information Communication Technologies in the 'Arab Spring.'" PONARS Eurasia Policy Memo No. 159, available at http://www.gwu.edu/~ieresgwu/assets/docs/pnarspepm_159.pdf
- STORR, Will**
2011 "The Rape of Men." *The Guardian*, July 16. Disponible en: <http://www.guardian.co.uk/society/2011/jul/17/the-rape-of-men>.
- TRIPATHI, Salil**
2011 "Ignore the naysayers, restrictions on DRC conflict minerals remain vital," *Global Matters Poverty Blog*, *The Guardian*, August 10, accessed on October 18, 2011 at <http://www.guardian.co.uk/global-development/poverty-matters/2011/aug/10/drc-conflict-minerals-restrictions-useful>.
- UNITED NATIONS**
2011 "UN Framework: Guiding Principles for the Implementation of the UN "Protect, Respect and Remedy" Framework. Disponible en: http://www.unglobalcompact.org/Issues/humanrights/TheUN_SRSR_and_the_UN_GlobalCompact.html.
- UNHCR Global Trends**
2010 Reportaje disponible en: <http://www.unhcr.org/cgi-bin/texis/vtx/search?page=search&query=2010+Global+Trends&x=15&y=13>
- VOICE OF AMERICA**
2011 *Congo Sentences U.N. Driver for Smuggling Minerals*. August 25, available at <http://www.voanews.com/english/news/africa/west/Congo-Sentences-UN-Driver-for-Smuggling-Minerals-128389578.html>.
- WHISNANT, Rebecca**
2008 *A Woman's Body is like a Foreign Country: Thinking about National and Bodily Sovereignty*, in *Global Feminist Ethics: Feminist Ethics and Social Theory*, ed. Rebecca Whisnant and Peggy DesAutels. Lanham: Rowman and Littlefield.